

IN UNUM

“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”

**Publicación mensual del
“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” –ABRIL 2010 –**

O renovarse, o morir

Tomado de una charla que Don Orione dio a sus sacerdotes, el 14 de Agosto de 1924 y que bien se puede aplicar a nosotras y a nuestro Instituto.

“Hay que renovarse en todo. ¡Tenemos que ser una fuerza! Una fuerza en el apostolado, fuerza en la educación cristiana, fuerza doctrinal en las manos de la Iglesia. O somos una fuerza o de lo contrario no tenemos oportunidad de vida.

“O nos rejuvenecemos y somos lo que religiosamente debemos ser, o mejor no ser.

“No valía la pena fundar una Congregación si no era para aventajar a otros en santidad.

“Por divina misericordia, quienes dieron vida a la Congregación fueron clérigos; por eso yo les ruego a ustedes que quien no esté dispuesto a seguirme, que de un paso al costado. Quizás les parezca soberbia; pero si se piensa así, todas las cartas de San Pablo son soberbia.

“¿Qué pueden aprender de nosotros nuestros clérigos?

A lo que podríamos decir: *¿qué pueden aprender de nosotras nuestras Aspirantes y Postulantes?*

“¡O renovarse, o morir!

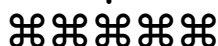
“Yo no quiero de ninguna manera que muera la Congregación, pero tampoco quiero que la Santa Iglesia, en lugar de contar con una fuerza, tenga un muerto que se va echando a perder”.

Esta es una síntesis de esa charla del Santo Fundador, y la última parte produce escalofríos: **“no quiero que la Santa Iglesia, en lugar de contar con una fuerza, tenga un muerto que se va echando a perder”**.

Que nuestro Instituto no sea ese muerto, necesita gentes vivas que amen, que entreguen todo su ser como lo hizo María, la que se dio como esclava y lo dio todo hasta el fin.

El Instituto crecerá en la medida en que nosotras nos vayamos renovando, sino será inútil la búsqueda y las oraciones por las vocaciones; si no hay una renovación interior y exterior que de testimonio de un cambio, una muestra de que algo nuevo está pasando. Debemos ser esa fuerza que decía Don Orione, una fuerza viva que lo de todo por el bien del prójimo.

El Instituto necesita personas renovadas, con el corazón abierto que para vivir la cincuentena pascual con el gozo de haber hecho un cambio. Es necesario que nos renovemos, si lo hacemos, vendrán las caras nuevas que necesitamos. No lo olvidemos: **¡Nos renovamos o morimos!**



Ficha de trabajo Nº 3

“RELEER EL RELATO DE NUESTRAS VIDAS”

(“¿Qué es lo que vienen conversando por el camino?” Lc 24,17)

Objetivo

Ofrecer tres puntos para el discernimiento en la línea de la renovación: cercanía a la realidad de los pobres, vuelta al Dios comunión y coherencia evangélica.

Motivación

En la sociedad en la que estamos no podemos seguir anclados en nuestras propias ideas, es necesario vivir en discernimiento constante para dejarnos cuestionar e interpelar por la palabra de Dios y por los gritos, rostros y palabras que brotan de la sociedad y que exigen de la vida cristiana un cambio para revisar nuestras estructuras de tal forma que respondan a la sociedad actual.

Texto para la reflexión

Teñidos de la realidad

Gran parte de las congregaciones nacieron en un contexto de crisis social y eclesial; fundaron y fundieron sus historias en la historia de los más desfavorecidos de la sociedad. Cuando hablamos de renovación hacemos memoria para sentirnos parte de un camino que es más grande que nosotras y nos sentirnos responsables de la tarea de continuarlo en nuestro hoy.

La llamada a la renovación no es otra cosa que una llamada a participar de la vida de los pobres con todas las consecuencias: velar el sueño, perder el sueño y realizar los sueños junto a los pobres.

- *¿De qué vienen hablando? ¿De los sueños? ¿Velamos el sueño de nuestros pobres? ¿Estamos perdiendo el sueño por ellos?*
- *Nuestro caminar como consagradas, ¿es el de ofrecer nuestras vidas y materializar los sueños de los pobres como realización de nuestro propio sueño?*

Otros textos:

“Sembremos a nuestros pasos obras de bondad y amor” de Un Profeta de nuestro tiempo, páginas 111-112. Regla de Vida: arts. 45, 47 y 48. Evangelio: Mt. 25, 34-40.

Fundar la vida en Dios

A los discípulos de Emaús les dio miedo un Mesías crucificado. Un Jesús en la cruz no podía ser esperanza para un pueblo que espera a un restaurador político. ¡Pero Él era y es la esperanza!

Las caras tristes revelan que nuestros esquemas de Dios no coinciden con lo que Dios nos revela de sí mismo, no responde a nuestros anhelos más íntimos.

Cada vez que una persona o grupo humano no deja a Dios ser Dios, se inventa sus propios absolutos y termina ofreciéndoles dolorosos sacrificios: sacrificamos nuestra propia esperanza. Ahí se encuentran en gran medida las raíces de nuestros desánimos: nuestro corazón no arde. Pero no es irremediable. Jesús corrige en este diálogo nuestras falsas concepciones de Dios. Nos revela a un Dios de comunión: el Padre *Abbá*, el Hijo es un Mesías crucificado y el Espíritu es espíritu de verdad. Junto a Jesús vuelve a arder nuestro corazón.

Estamos llamadas a sumergirnos en el misterio inabarcable del Dios comunión y salir de ese encuentro para ser humilde expresión de su sinfonía amorosa, con el rostro iluminado dispuestas al abrazo.

- *¿Podríamos decir que vivimos en y para el amor? ¿Cuáles son las consecuencias?*

El camino de la coherencia evangélica

Una vida entregada a Dios siente profundamente el llamado a vivir en coherencia en el hoy concreto de nuestro mundo; llamado que es fruto de una madurez cristiana que no permite vivir atrapados en la simulación.

El anhelo de vivir en coherencia es ya una llamita de “renovación” que hay que avivar, no importa la edad; no es cuestión de edad sino de espíritu.

Oración personal

Podemos concluir estas tres claves de discernimiento (cercanía a la realidad de los pobres, vuelta al Dios comunión y coherencia evangélica) orando con las alabanzas surgidas de las manos y estigmatizas del bienaventurado San Francisco, cuando ya no sabía decir “yo” para siempre repetir:

“Tú eres Trino y Uno, Señor Dios de dioses; Tú eres el bien, todo bien, sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero. Tú eres el amor y la caridad; Tú eres la sabiduría, Tú eres la humildad, Tú eres la paciencia, Tú eres la hermosura, Tú eres la mansedumbre, Tú eres la seguridad, Tú eres la quietud, Tú eres el gozo, Tú eres nuestra esperanza y alegría, Tú eres la justicia, Tú eres la templanza, Tú eres toda nuestra riqueza a saciedad...”



El grito de los pobres

El Estado está constituido por unos cuantos edificios de mármol, vestiduras sagradas y palabras solemnes, ceremonias protocolares y varios crímenes “en nombre del pueblo”. El Estado suele estar gobernado por personas indiferentes a los días lobos que vendrán y que acostumbran quedarse parpadeando ante el “descubrimiento” de 25 bebés desnutridos que mueren por día antes de cumplir su primer año de vida en nuestro país, según el informe anual de Unicef sobre el estado mundial de la infancia (2008-2009). Sí, almitas de pibes que no pudieron descubrir el respeto por sus vidas.

Cada familia encuentra siempre un muerto injusto en su memoria, un desalojo, un hambre insostenible, un infinito de penas. Y los que son arrojados de los intercambios sociales –cansados de coser horizontes de cartón – comprueban que las calles son surcos dejados por otras tristezas.

El atributo sin duda más oneroso de la pobreza es que se ha expandido y endurecido en una época de crecimiento económico perverso y en una mejora espectacular de la situación de los miembros más privilegiados de nuestras sociedades, quienes a través de sus intelectuales transforman las “condiciones sociológicas en rasgos psicológicos e imputan a las víctimas las propiedades deformadas de sus verdugos”. El hambre inconcebible nos vuelve a interpelar: el hombre debe escoger entre volver a ser animal o encontrar la chispa de una grandeza.

Por las calles caminan siluetas difusas y “desdibujadas humanidades” que desfallecen de miseria, andan miradas que ante la derrota se aferran –en la oscuridad– a un instante puro de su vida. Se trata de personas que sobreviven soñando aromas de pan antiguo, risas de viejos amigos que se mezclan con los ladridos de los perros y caricias bellísimas en medio de la desesperación.

Quizás un día, allí o en cualquier otro punto de la tiniebla que nos atraviesa, el grito de los pobres se hunda como puñal de piedra en el centro de esta tierra que no existe.

Alberto Morlachetti (Sociólogo y coordinador del Movimiento Nacional de los Chicos del Pueblo, organización integrante de la CTA, e impulsor de la campaña nacional “El Hambre es un Crimen”). Y podríamos agregar que mantiene en su Hogar “Pelota de trapo” y en “la casa del niño” a centenares de chicos que saca de la calle para convertirlos en hombres y mujeres de bien.

Publicamos esta nota que escribió este señor, casi como un poema, pero que muestra una tremenda realidad en nuestro país que acaba de publicar el diario “Crítica” en la página 24 de su edición del domingo 28 de marzo: donde dice que en nuestro país hay 9 millones de chicos que pasan hambre.

Realmente para horrorizarse, porque esos chicos, aunque más adelante sean alimentados de mejor manera, no recuperarán nunca el daño cerebral, causado por la mala alimentación infantil, que los afectará durante toda la vida.

Por esto, ¿solamente tenemos que rezar o es prioritario hacer algo más?



¡Señor, quédate con nosotros!

Narra el Evangelio de San Lucas (24,13-35) que el domingo después del viernes de la crucifixión de Jesús, dos hombres que habían sido sus discípulos abandonan Jerusalén, escenario del desenlace del drama protagonizado por el Nazareno, a quien ellos habían creído el Mesías Salvador del pueblo. Estos dos hombres habían depositado toda su esperanza en Jesús de Nazaret, en quien veían un profeta poderoso en hechos y palabras, capaz de agarrar las riendas del poder y expulsar al dominador romano, restaurando el reino de David con nuevo y definitivo esplendor, implantando el reino de Dios en su pueblo.

Estos dos hombres, los discípulos de Emaús, habían previsto caminos del programa mesiánico que el Mesías Jesús debía recorrer, camino de triunfo sobre todos los enemigos, sobresaliendo como majestuoso cedro balanceado por el viento de la gloria. Pero en pocas horas, una noche y un día apenas, su Mesías fue apresado, juzgado, condenado y ejecutado en un patíbulo para delincuentes esclavos: la cruz.

Al caer la noche del viernes no quedaban más testigos que la cruz en un lugar de calaveras y perros vagabundos, y en otro lado una lápida cerrando una tumba nueva.

Es verdad que algunas mujeres del grupo de los discípulos, la madrugada del domingo, habían ido al sepulcro descubriéndolo vacío, e incluso contaron una aparición de ángeles, los que aseguraban que Jesús estaba vivo. Pero a éste nadie lo vio.

¿Para qué alimentar todavía ilusiones? Todo ha terminado. Penosa frustración: la cruz sobre el Calvario, ignominiosa. Su esperanza quedó colgada de ese patíbulo, o mejor, sepultada bajo la lápida. Por eso, los discípulos de Emaús se alejan, sumidos en tristeza, sin luz alguna de fe en sus ojos.

Pero aquel que creían muerto y de cuya tumba huían, les da alcance, se hace compañero de camino, aunque sus ojos sin fe no lo reconocen. Es que el Dios-con-nosotros, Jesús el Pastor que sigue los caminos de las ovejas perdidas para rescatarlas cargándolas sobre sus hombros, sigue el camino de todos los hombres, incluso cuando se alejan de Dios y dicen que ha muerto.

Los hombres entablan diálogo con ese compañero de camino y le explican la razón de su tristeza, de la frustración de todas sus esperanzas: la cruz, el escándalo de la cruz. Y el Resucitado no sólo no elude la cuestión, sino que también él pone la cruz como clave. Pero como clave para comprender precisamente el destino del Mesías no según la esperanza triunfalista terrenal, sino según el designio de Dios, revelado en las Escrituras: **el Mesías debía sufrir la cruz para entrar en su gloria.**

Sí, por la cruz había vencido a la muerte. La cruz, que constituye el Poder y la Sabiduría de Dios. La cruz que seguirá erguida mientras da tumbos el mundo. Si el grano de trigo muere en el surco, entonces germina, da fruto. La cruz es siembra de Vida. La cruz es salvación.

Los ojos de los hombres aún no ven, pero sus corazones arden como un hogar preparado para dar albergue al peregrino. Por eso al llegar a la altura de la casa adonde iban, le ruegan: “Quédate con nosotros, porque ya atardece y se va echando encima la noche”. La noche negra. Sudario de muerte. Por eso, quédate con nosotros.

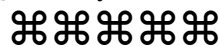
Se sientan a la mesa. Jesús, como lo había hecho en la Cena, toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte, se lo da.

La meditación de las Escrituras que el peregrino les había hecho había caldeado el corazón. Y el signo sacramentario del pan partido les **abre los ojos de la fe**: ¡es el Señor! Infinita alegría.

El mismo camino de su frustración y su camino de tristeza, la cruz, en la explicación de Jesús se ha tornado clave interpretativa del misterio mesiánico en virtud de la fe. Y toda la tristeza de los dos hombres se ha trocado en alegría. El camino de huída se transformó en camino de vuelta a la comunidad de los discípulos que habían permanecido en Jerusalén. Habían dejado de ser solidarios con los hermanos alejándose del grupo, ahora volvía el amor fraternal que corre para comunicarles la dichosa novedad: Jesús ha resucitado. Porque la Pascua del Señor ha prendido en sus almas.

Cuando reconocieron al Resucitado, éste desapareció. ¿Estratagema? ¿Qué quiere decirnos el Evangelio? Hay que entender el lenguaje bíblico, que no pretende sólo un relato que hubiese recogido los puntuales detalles históricos, como una crónica rigurosa. Hay aquí una revelación y es esta: a Jesús resucitado ya no lo podrán ver los ojos de la visión corpórea, como cuando vivía en la historia como todos los demás seres humanos, sino solamente “verlo” los ojos de la fe, que alumbra nuestro caminar en su presencia e invita a arraigar en su amor. Jesús al resucitar ha pasado a otro modo de existir; toda su humanidad, sin dejar de ser tal, ha sido transfigurada por la divinidad.

Al cabo de tantos caminos, aun de los que huyen de Dios y alejan de los hermanos, ojalá que como los discípulos de Emaús pidiéramos: ¡Señor, quédate con nosotros! Al cabo de tantas ilusiones deshechas (nosotros creíamos, pero...), al término de tantas tristezas y de ojos que ya no ven nada, ¡Señor, quédate con nosotros! Porque atardece la vida y nuestro día declina. Y la noche viene. Quédate, Tú, que eres la Palabra, haz arder nuestro corazón para que “entienda” la necesidad de la cruz. Que luego, al partir el pan, se abrirán nuestros ojos para reconocer que tú, el que había muerto, ahora vives para siempre, y estás presente en todos nuestros caminos. Quédate, y brillará tu luz en las tinieblas.



Siempre habrá otro Pentecostés...

Eran pocos los cristianos, aquella mañana en que llegó el Espíritu con fuego y viento. Unos pocos discípulos reunidos en el mismo lugar. Eran menos, muchos menos que los cristianos que ahora nos angustiamos cuando vemos ciertas estadísticas no muy tranquilizadoras: descenso del número de sacerdotes y religiosos, descenso del número total de cristianos practicantes...

A la vista de los números nos asaltan la tristeza y la angustia. Porque siempre nos han fascinado los números. Incluso los números con que contabilizábamos lo espiritual y lo sobrenatural.

Hace algunos años vivíamos exaltados por unos números triunfales: los católicos éramos la religión más numerosa, teníamos más colegios, más universidades, más y mejores templos, más áreas de influencia: había crecido hasta el número de jefes de estado y gobernantes católicos.

Llegamos a emplear como argumento para demostrar que la Iglesia Católica era la única verdadera, la ostentación (muy gloriosa, pero quizás no muy evangélica) del crecimiento y la expansión triunfal del catolicismo en el mundo. Casi habíamos hecho del Reino de Dios, un vulgar reino de la tierra.

La verdad es que ni aquellos números triunfales probaban la gloria del Reino de Dios, ni estos números más tristes prueban ahora su fracaso. Los números nunca han podido controlar el espíritu ni la obra de Dios.

¿Cuántos panes tienen...?

Había más de cinco mil seres humanos hambrientos. Y nuestros pobres cómputos arrojan la cifra de cinco panes. Jesús no quiso ridiculizar los cinco panes (con ellos haría su milagro). Quiso que nos fijáramos lo poco que importa un número pequeño: cinco.

Otro discípulo, (también angustiado con los números) habló preocupado de 200 denarios; todo ese dinero era necesario para dar de comer a tanta gente. Una cantidad que no tuvo entonces ningún sentido.

¿Cuántos sacerdotes tienen...? ¿Cuántos cristianos tienen...?

Jesús también hoy nos hace esta pregunta. Y nosotros, apenados, sacamos nuestras tristes estadísticas. Otra vez nuestros números no tienen ningún sentido, aunque tal vez lo tengan nuestros pocos buenos cristianos, nuestros pocos buenos sacerdotes...

Él los tomará en sus manos, como tomó los panes, y ya no importa si son muchos o pocos...

Recojan los pedazos que hayan quedado... Para nosotros, otro gesto absurdo. El que tiene en sus manos el poder de las multiplicaciones infinitas, se preocupe del ridículo número de pedazos, de migas, de trozos de pan mordisqueados...

Pero ellos los recogieron sin dudar, y nosotros también los recogeremos... Sabemos que nuestros números cristianos son cada vez más fragmentados, pero los recogemos. Son números insuficientes, y más si los comparamos con los números que nos dan las estadísticas de cómo crece el mundo, los habitantes, la técnica y la economía. **Son números insuficientes, pero Él no exige números, sino fe.**

Y nosotros recogeremos todos los restos de los buenos cristianos, de sacerdotes ancianos y cansados, de religiosas y consagrados avejentados, de laicos rutinarios. Los recogeremos con esperanza... Jesús volverá siempre con su Espíritu Santo para preguntarnos:

¿Cuántos pedazos tienen...?

Y nosotros le presentaremos los pedazos amontonados: nuestros sacerdotes, nuestros religiosos, nuestros consagrados, nuestros queridos cristianos, desde el sabio hasta la viejecita humilde que ruega junto al sagrario... Los recogeremos, no importa cual sea su número.

Y Jesús los volverá a tomar en sus manos, y enviará sobre estos restos su Espíritu divino, como una llamarada, como un viento impetuoso...

Y habrá otro Pentecostés... Un Pentecostés donde todo adquirirá una nueva vida, una nueva bondad, una nueva virtud. Como una llamarada que se propaga fácilmente, como una virtud que multiplica las fuerzas humanas, como una nueva vida, una nueva vitalidad que nos hará de nuevo jóvenes... **Sí, habrá un nuevo Pentecostés...**



Noticias

- Se comunicó con nosotros, por e-mail, nuestra querida hermana de Uruguay, Isolina Viera. Nos cuenta que debe desplazarse con bastón por los dolores de la artrosis. También estamos enteradas de su última caída que fue bastante fuerte. Recemos para se recupere y el Señor le de toda la fortaleza que necesita.
- También tenemos noticias que se encuentra enferma Zulema Bonivardo. Ella habita en Justiniano Posse y se encuentra aislada de todas nosotras. Si bien todos los meses le enviamos el boletín, es raro que recibamos respuesta. Es más, Norma Rodas es la que siempre se encarga de llamarla por teléfono para estar en contacto pero, lamentablemente, tampoco ha sido atendida. Por eso pedimos oraciones para que Jesús resucitado cuide de esta hermana y la proteja.
- Demos gracias porque nuestra querida Pilar está bastante mejorada. Es necesario agradecer las cosas buenas que Dios nos regala.
- Se comunicó con nosotros Blanquita de Uruguay, nos contaba que su mamá a veces está bien y otras veces continúa con sus mareos. También nos comunicó el estado de Graciela que continúa con quimioterapia. Recemos siempre por esta hermana que, gracias a Dios, tiene una fortaleza envidiable. Que el Señor la proteja siempre.



Para pensarlo

Con un ideal en tu vida, te sentirás más feliz... Un ideal que polarice todos los esfuerzos y tus pensamientos; un ideal que oriente todas tus acciones; un ideal que sea el palo mayor de la nave de tu vida.

El ideal, aunque no llegues nunca a conseguirlo, siempre te hará bien; al fin y al cabo, en eso consiste el ideal: en tender siempre hacia delante; un ideal que se consigue, ya deja de ser ideal y debe ceder el puesto a otro verdadero ideal aún no conseguido.

El hombre sin ideal es viajero sin brújula; unos hombres sin ideal son un rebaño sin pastor y sin camino; perder el ideal es perder el rumbo, y perder el rumbo es exponerse a desastres, a pérdida de tiempo y de esfuerzos, a toparse en última instancia con la desilusión; es exponerse a que el cansancio se

apodere de la vida y entonces la vida ya no tiene sentido ni aliciente; ya no se ve por qué seguir adelante, ni para qué.

Tu ideal cristiano tiene que ser la Vida de la gracia; cumplir la misión del Maestro Jesús, que dice: “Vine para que tengan Vida y la tengan en abundancia” (Jn. 10,10). (Alfonso Milagro).



Intenciones para el mes de Abril

GENERAL: Para que toda tendencia hacia el fundamentalismo y el extremismo sea contrarrestada por el constante respeto, la tolerancia y el diálogo entre todos los creyentes.

MISIONERA: Para que los cristianos perseguidos por causa del Evangelio, sostenidos por el Espíritu Santo, perseveren en el fiel testimonio del amor de Dios por toda la humanidad.



¡Sonría, por favor!

Tres hermanos andaluces, Paco, Pepe y Manolo, estaban en graves problemas: tenían un solo pan, mucha hambre y no tenían dinero para conseguir más.

Paco dijo: –Si comemos un pedazo cada uno no nos alcanza para nada. Pepe respondió: –Me parece que sería más conveniente sortearlo. Manolo, el menor de los tres y el más pícaro, agregó:

–¿Por qué no vamos a dormir y mañana lo come el que ha soñado la cosa más extraña?

Los otros dos aprobaron la idea y fueron a dormir. A la mañana siguiente se reunieron los tres para que, “como buenos andaluces”, contaran sus sueños. Paco hizo la siguiente narración:

–Yo tuve un sueño de lo más extraño: vino un águila grande, muy grande, me tomó en sus garras, pero muy suavemente, sin lastimarme, y echó a volar llevándome lejos, muy lejos...

–Pues mi sueño es más extraño todavía –replicó Pepe. –Estaba en la India y un enorme elefante se arrodilló delante de mí, con la cabeza me invitó a subir, y cuando estuve arriba, se puso de pie y me paseó por todo el país mientras con su trompa me ofrecía los más suculentos manjares. ¿Y tú qué soñaste, Manolo?

–Yo no soñé nada. Cuando vi que ustedes se habían ido tan lejos, pensé que no volverían y me comí el pan.



¡Vamos, hijos míos, caminemos juntos! ¡Jesús está con nosotros! (San Luis Orione)